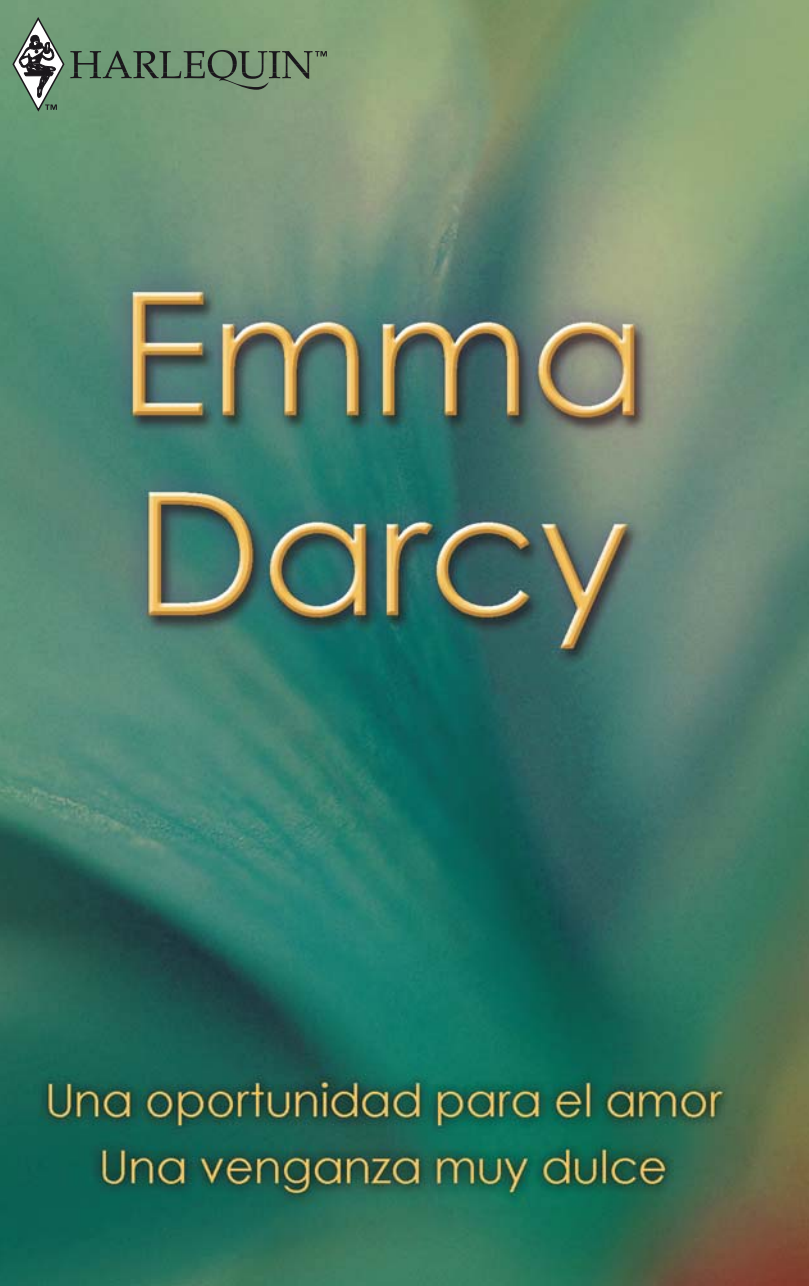

HARLEQUIN™
Emma
Darcy
Una oportunidad para el amor
Una venganza muy dulce



Emma Darcy

Una oportunidad para el amor

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2000 Emma Darcy. Todos los derechos reservados.
UNA OPORTUNIDAD PARA EL AMOR, N.º 85 - 1.12.08
Título original: The Marriage Risk
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

© 2001 Emma Darcy. Todos los derechos reservados.
UNA VENGANZA MUY DULCE, N.º 85 - 1.12.08
Título original: The Sweetest Revenge
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

Estos títulos fueron publicados originalmente en español en 2001.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin, logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Books S.A.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-671-5926-4
Depósito legal: B-45240-2008
Editor responsable: Luis Pugni

Capítulo 1

Y CÓMO está mi siempre deliciosa y estimable señorita Wortington esta mañana?

Lucy apretó los dientes, resentida, casi odiando al hombre que tanto ignoraba lo mucho que aquellas palabras tan alegremente pronunciadas le laceraban el corazón.

Aquel desenfadado saludo de su jefe probablemente significaba que había pasado una muy altamente satisfactoria noche con alguna mujer. Su voz destilaba engreimiento masculino, claro indicio de satisfacción sexual, y su tono acentuaba el hecho de que Lucy no era para nada el tipo de mujer con la que se acostaría, por muy deliciosa que le pareciese. Las mujeres estimables no lo excitaban.

Aunque si sus senos fueran lo suficientemente grandes como para llenar un sostén de talla D, quizá pudiera considerarla lo suficientemente estimable como para acostarse con ella, pensó irónicamente Lucy mientras se volvía sonriente hacia su jefe.

–Buenos días, señor –lo saludó con tono suave.

James Hancock era el clásico prototipo de moreno alto y guapo, con el potente añadido de un cerebro privilegiado para los negocios y el tipo de encanto que le hacía ganar amigos y triunfar en cualquier am-

biente. A sus treinta y cuatro años, tenía una muy bien ganada reputación como agente inmobiliario, lo que le colocaba en la lista de los solteros más codiciados de Sydney.

–¿Señor? –inquirió, arqueando las cejas.

–¿Acaso no esperabas un tratamiento igualmente formal cuando me has llamado «señorita Worthington»?

James se echó a reír, con un malicioso y divertido brillo en sus ojos azules.

–Tenía que habérmelo imaginado. ¿Qué haría yo sin tu maravilloso ingenio, Lucy? Entre los goces de estas horas de oficina está el de escuchar tus mordaces comentarios. Un talento verdaderamente inestimable.

–¿Lo suficiente como para requerir quizá un aumento de sueldo?

–¿Lo ves? Ya estás atacando de nuevo.

–Bueno, si te parece, vamos al grano. Necesitarás echar un vistazo a estas carpetas mientras revisas los e-mails de esta mañana. ¿Hay algo más que necesites que haga ahora mismo? –le preguntó, deseosa de que entrara de una vez en su despacho y la dejara sola para poder rumiar en paz sus frustraciones.

Pero James ignoró las carpetas, y la señaló con un dedo acusador:

–Te veo demasiado interesada por el dinero, Lucy –le dijo, volviendo al tema interior.

–En estos tiempos que corren, una mujer tiene que cuidar de sus propios intereses. A nadie le regalan nada.

–¡Ja! Yo te he regalado cosas. Sin ir más lejos, esas entradas para la fiesta benéfica de esta noche.

–¿Oh? –Lucy le lanzó una mirada escéptica–. ¿No estarás esperando que asista a esa fiesta, verdad?

–Unas entradas completamente gratuitas...

–¡Qué original! –sonrió.

–Como recompensa por tu impecable trabajo al contribuir a organizar ese programa. Tú has hecho posible esa fiesta benéfica.

Dado que cada entrada costaba mil dólares y que su salario ya era de por sí bastante generoso, Lucy no podía, honestamente, quejarse de que su trabajo no fuera lo suficientemente valorado y recompensado.

–Gracias. Intentaré relajarme lo suficiente y disfrutar esta noche –pronunció con tono displicente, dudando todavía de que aquellas entradas fueran del todo gratuitas y no conllevaran ninguna obligación añadida. ¿Por qué habría de regalárselas James si no quería que estuviera allí presente por alguna razón concreta?

–Para mí será un placer verte disfrutar, Lucy.

Tenía una razón; Lucy lo presentía.

–¿Con quién irás? –le preguntó de pronto James mientras recogía por fin las carpetas que ella le había entregado.

–Con una amistad.

–¿Con una amistad... –arqueó una ceja, burlón–... masculina?

¿Acaso la consideraba tan asexuada que no podía imaginársela con un hombre?, se preguntó Lucy, esforzándose por mantener una actitud fría y tranquila.

–Sí. ¿Tienes algún problema con eso? –no pudo evitar preguntarle con un tono de desafío.

–No, en absoluto. De hecho, me alegro de saberlo.

Y se marchó sonriendo, llevándose las carpetas que necesitaba. Dejó abierta la puerta que separaba los dos despachos para que pudiera llamarla en caso necesario.

Lucy se dejó caer en su sillón, frente al escritorio, impresionada por la implicación de sus últimas palabras. ¿Sospecharía acaso que solo tenía amigas? ¿Que incluso podría ser lesbiana, dado que ella no lo «adoraba» abiertamente como la mayoría de las mujeres que conocía? Debería dejar aquel trabajo. El hecho de trabajar todos los días con James Hancock le estaba negando cualquier posibilidad de llevar una vida normal. El hecho de desearlo todos los días, de sentir celos de cada mujer en la que posaba los ojos... Para él nunca sería más que una eficiente secretaria. Ocho meses llevaba con él: ocho meses de atracción sexual que no había podido controlar ni minimizar. Deseo a primera vista, pensó irónica.

Ningún otro hombre le había provocado una reacción física tan intensa. De hecho, hasta entonces nunca había comprendido por qué podía una mujer arruinar su vida por un hombre, así como perder todo respeto por sí misma. «Ser sensata» había sido la divisa de su vida: en ella la había educado su madre desde la más tierna infancia, y con el tiempo Lucy se había dado cuenta de que eso le había ahorrado mucho dolor.

Pero «ser sensata» no le servía de nada contra lo que James la hacía sentir. No era simplemente una

atracción física. De alguna forma emanaba una energía sexual que, por mucho que se resistiera, causaba verdaderos estragos en sus hormonas. Desesperada, apoyó los codos en la mesa y escondió la cabeza entre las manos. Lo cierto era que no tenía ya la sensación de pertenecerse a sí misma, y tampoco le gustaba la persona en que se estaba convirtiendo. Lo más razonable y lógico que debía hacer era presentar su dimisión y marcharse.

Era viernes. Estaba decidido. Lo primero que haría el lunes por la mañana sería dejarle su dimisión por escrito en la mesa. Sin duda, James se presentaría aquella noche en la fiesta benéfica del brazo de una nueva modelo, y eso la convencería todavía más de lo estúpido que era sufrir por algo que jamás podría conseguir.

Así que asistiría acompañada de un hombre. Sería interesante ver el tipo de hombres que le gustaban a Lucy, se dijo James mientras se sentaba ante su escritorio y encendía el ordenador. Ella nunca hablaba de su vida privada y él no podía negar que sentía una gran curiosidad. La mayor parte de las mujeres solían sincerarse con James... pero Lucy no. Nunca.

Era una mujer muy retraída que jamás perdía la cabeza. Lo que la convertía en la ayudante perfecta para aquella clase de trabajo, con tantos clientes como tenían dispuestos a estallar al menor inconveniente que se les presentase. Podía poner a Lucy en el ojo del huracán y estar seguro de que en unos se-

gundos encontraría la respuesta más adecuada y sensata a cada situación.

Un contable. Sí, ese sería el perfil del acompañante masculino que preferiría Lucy: un amable y seguro contable, sólido y leal, alguien que jamás habría infringido ni infringiría una sola norma en toda su vida. Un hombre de hábitos regulares, serio y estricto, solícito, que probablemente llevaría gafas redondas de montura dorada y trajes de corte formal y conservador. Perdido en esas reflexiones, James asintió con la cabeza mientras conectaba el correo electrónico en la pantalla. Estaba convencido de estar en lo cierto, pero Lucy llevaba ya ocho meses con él y durante todo el tiempo había percibido en ella un deseo de esquivarlo continuamente que le fastidiaba y que, lejos de desaparecer, se había intensificado cada vez más. Por eso le había regalado esas entradas: para llegar a vislumbrar aquello que se escondía detrás de la imagen formal y retraída que proyectaba Lucy Worthington, y que tanto le estaba obsesionando, con el fin de poder sacárselo de la cabeza.

Incluso había llegado a empezar a pensar en ella cuando estaba con otras mujeres, echando de menos sus mordaces ironías y preguntándose cómo se comportaría en la cama... Y allí se había detenido, por supuesto; no había ido a más. Porque no iba a liarse con la mejor secretaria que había tenido nunca. Además, probablemente Lucy se quedaría horrorizada si pudiera adivinar la naturaleza de los pensamientos que últimamente había estado abrigando de ella. Verla con un hombre de su elección, casi con toda

seguridad un contable, consolidaría definitivamente su estatus de mujer prohibida para él.

De repente sonó el teléfono.

–Buffy Tanner en la línea uno –le informó Lucy con tono frío y profesional.

–Gracias –sonrió mientras pulsaba el botón para recibir la llamada. Al contrario que su secretaria, Buff no tenía nada que esconderle. Y eso le complacía mucho–. Hola, Buffy –la saludó alegremente.

–Hola, James, querido... Siento llamarte en horas de trabajo, pero temía no poder localizarte más tarde. ¿A qué hora me dijiste que tenía que estar lista para ir a lo de esta noche?

James esbozó una mueca. La puntualidad no era el punto fuerte de Buffy.

–A las siete y media. Y no podemos retrasarnos. Ya te lo advertí.

–Hoy tengo una sesión de fotos muy larga –suspiró–. Una nueva línea de trajes de baño. ¿Seguro que no podríamos retrasarnos un poquito?

–Seguro que no. Es mi gente la que organiza lo de esta noche. Tengo que estar allí desde el principio. Si prefieres no ir...

–No, no, no es eso...

La oyó hacer un puchero. Un puchero muy sexy, pero que en aquel instante no pudo menos que ponerle nervioso.

–A las siete y media, Buffy. Si no estás lista, me iré sin ti –pronunció con tono irritable y cortó la comunicación, pensando que Lucy sí que no haría esperar a un hombre. Era muy escrupulosa con el tiempo, y jamás faltaba o llegaba tarde a una cita.

Incapaz de sobreponerse a aquella sensación de disgusto, James se ocupó de contestar los e-mails que requerían una inmediata respuesta, tomando notas para que luego las revisara Lucy. Esa era otra de las cosas que le gustaba de ella: jamás descuidaba ni un solo detalle. Nunca le fallaba.

Le pidió que pasara a su despacho y sonrió al verla: siempre con su traje formal azul marino, elegante, clásica, profesional. Más allá de cualquier moda pasajera. La falda terminaba justo encima de las rodillas; a Lucy no le gustaban las minifaldas. Aun así se podía ver que tenía unas piernas bien torneadas, de tobillos finos. Algo más baja que la estatura media, tenía una figura agradable y bien proporcionada. Además de seductora...

Tuvo que refrenar esos pensamientos para concentrarse en mirarla a los ojos. Tenía un rostro de rasgos finos, no de una belleza deslumbrante, aunque James pensaba que con un buen maquillaje podría resultar muy, pero que muy hermosa. Y también estaba perfectamente proporcionado, a pesar de que las gafas que llevaba le daba un aire recatado, casi puritano, que se veía acentuado por el perfecto moño con que siempre se recogía el cabello. De repente, el pensamiento de soltárselo y derramar aquella cascada de seda de color castaño se le antojó especialmente tentador. ¿Cómo sería una Lucy Worthington desinhibida? Y si le quitaba las gafas, ¿qué vería en sus ojos? En cualquier caso, lo que estaba viendo en aquel momento era una brillante inteligencia permaneciendo a la espera, únicamente concentrada en su trabajo. Espoleado por aquella

aparente indiferencia, James se vio impulsado a preguntarle, casi sin darse cuenta:

–¿Es contable? –e inmediatamente lamentó no haberse podido controlar lo suficiente.

–¿De quién estás hablando? –inquirió Lucy, extrañada.

Pero en lugar de olvidarse del desliz, lo cual habría sido lo más prudente dadas las circunstancias, James perdió completamente la cabeza por culpa de una irresistible curiosidad.

–Tu pareja en el baile de esta noche –le espetó.

–¿Quieres saber si trabaja de contable?

–¿Sí o no?

–¿Es que necesitas tener un contable a mano por algún motivo?

–No, no necesito ninguno.

–Entonces –lo miró entrecerrando los ojos con sospecha–, ¿por qué me lo preguntas?

Eso, ¿por qué? James apretó los dientes. No estaba sacando ninguna satisfacción de aquello y, además, estaba haciendo el ridículo. Su mente empezó a trabajar a toda velocidad buscando posibles rutas de escape.

–Una conversación fluye más fácilmente cuando conozco los antecedentes de la gente con la que hablo. Tu pareja será la única que no conozca en nuestra mesa.

Lucy lo miró fijamente, con la barbilla levantada y cuadrando los hombros. De hecho, todo su cuerpo parecía sugerir una tensa rigidez. Incluso tenía los puños cerrados. Por un instante James tuvo el presentimiento de que iba a adelantar un paso y a gol-

pearle... ¡algo que, por supuesto, era ridículo! Acababa de formular una afirmación razonable. Le gustaba contar con información previa de la gente a la que iba a conocer. Ella lo sabía. Solo que también tenía que reconocer que aquella curiosidad era de origen más personal que profesional...

–¿Por qué has pensado que mi pareja en el baile tenía que ser contable, James? –le preguntó por fin Lucy.

–¿Es que no lo es? –insistió, frustrado por sus tácticas evasivas.

–Generalmente se piensa en los contables como gente aburrida. Es un tópico –declaró.

–Oh, no es verdad. Suelen ser gente inteligente, lista, astuta...

–Y aburrida –repitió ella–. Lo suficientemente aburrida como para salgan con Lucy Worthington.

–Diablos, Lucy, jamás se me ha pasado por la cabeza pensar que fueras una chica aburrida. Y tú lo sabes perfectamente –le aseguró con énfasis–. No te puedo imaginar soportando a un hombre aburrido. Me has malinterpretado. Solo me estaba preguntando...

–Por el tipo de hombre que llevaría a la fiesta.

La mirada de Lucy semejaba un taladro eléctrico, lanzando chispas por los ojos como si estuviera penetrando a través de su cerebro hasta llegar al origen de su pregunta. James se movió incómodo en su sillón.

–Me serviría de gran ayuda que me dijeras su nombre –pronunció con tono razonable–. Nos ahorraríamos incluso alguna engorrosa presentación.

Lucy apretó los labios y su mirada se aguzó aun más. James podía percibir claramente su intención de desollarlo vivo, y de pronto se sintió abrumado por la pasión de aquella reacción tan virulenta. No había nada tranquilo ni comedido en *aquella* Lucy. Evidentemente se hallaba ante la mujer de carne y hueso que se escondía detrás de aquel traje azul marino y, a los pocos segundos, James se sorprendió a sí mismo... excitado. Excitado por la perspectiva de que pudiera emerger del todo aquella Lucy. Si algún día llegara a dar el paso de relacionarse con él físicamente...

–Josh Rogan.

–¿Qué?

–Me has preguntado por su nombre –le recordó, lacónica.

Decepcionado, James se sobrepuso a su distracción. El traje azul marino había ganado de nuevo... ¡maldita sea! La Lucy a la que había ansiado conocer se hallaba ahora en franca retirada. Lo cual no era más que algo justo y necesario, se dijo mientras intentaba no imaginársela tumbándola de repente sobre su escritorio. Resultaba absurdo haber sufrido aquel ataque de fantasías sexuales cuando tenía a Buffy Tanner más que dispuesta a satisfacer sus necesidades carnales.

–Josh Rogan –repitió, agradecido de que Lucy hubiera retomado la relación normal exigida entre un jefe y su secretaria. De pronto recordó algo–: Oh, ¿no hay una marca de curry que se llama precisamente así: Josh Rogan?

Estaba casi seguro de ello, y a partir de aquel ins-

tante empezó a concebir la sospecha de que Lucy le había dado un falso nombre para ponerlo en ridículo cuando tuviera que usarlo aquella noche.

–No –respondió con un ligero matiz burlón–. Ese curry se llama Rogan Josh.

–Oh –frunció el ceño; ¿acaso se estaba burlando de él?

–De hecho, no creo que a Josh le importara mucho que lo confundieras con el curry –sonrió, maliciosa–. Es un tipo bastante caliente.

¿*Caliente*? ¿Lucy con un tipo *caliente*? La temperatura corporal de James estaba subiendo dramáticamente.

–Lo tendré en cuenta –le espetó–. Puedes llevarte estas carpetas. Te he puesto unas notas.

–Bien –le sonrió mientras daba un paso adelante para recoger las carpetas del escritorio. Luego salió del despacho contoneándose con gracia felina, como si estuviera agitándole la cola ante las narices.

Después de aquello, James continuó reflexionando sobre Lucy. Definitivamente estaba en lo cierto sobre ella. En Lucy Worthington había muchas más cosas de las que se veían a primera vista. El traje azul marino no era más que una fachada, destinada a ocultar a la mujer que ardía en su interior. Se alegraba de haberle regalado aquellas entradas. Iba a resultar interesante, o más bien iluminador, ver cómo se comportaba durante esa noche con aquella pareja suya tan *caliente*. Con el pelo suelto, un vestido sexy, maquillada, sin gafas...

Se vio asaltado por un estremecimiento de expectación. Una sensación que nada tenía que ver con la

mujer con la que iba a presentarse en el baile aquella noche. Nada que ver con la modelo Buffy Tanner...

¡Esa noche iba a ver a la verdadera Lucy Worthington en acción!

Capítulo 2

LUCY seguía enfadada cuando entró en su apartamento de Bellevue Hill, a las seis de aquella tarde. ¡Un contable! ¡Un aburrido y viejo contable! Oh, ansiaba con todas sus fuerzas ver la cara de estúpido que se le pondría a James Hancock cuando, sentado a su mesa, quedara eclipsado por el magnífico Josh. Algo que sin duda Josh sería perfectamente capaz de hacer, dado su enorme encanto... y el hecho de que era tan guapo como un pecado.

Era una verdadera suerte que viviera justo en la puerta de al lado, en aquel mismo edificio de apartamentos. Lo único que tenía que hacer era pedirle que la acompañara, al propio Josh o bien a su compañero sentimental Larry Berger; los dos se habían ofrecido a ayudarla en lo que necesitara. Lucy sabía por experiencia propia que los gays podían convertirse en los mejores amigos de una mujer. Antes incluso de saber que Josh era gay, cuando estudiaban juntos en el instituto, habían congeniado muy bien y construido una sólida amistad. Era un hombre sensible y atento, a la vez que enormemente divertido. Sí, se sentía enormemente agradecida de poder contar con él. También por propia experiencia sabía que algunos hombres desplegaban un comportamiento es-

pecialmente desagradable con las mujeres, sobre todo cuando se dedicaban a perseguir egoístamente la satisfacción de sus propias necesidades. Con Josh ese problema no existía: su compañía no tenía precio. Nunca podría meterse en problemas ni complicaciones con Josh Rogan. Él no sentía ningún deseo sexual por ella ni ella por él. De hecho, constituía el complemento ideal para los ingobernables sentimientos que experimentaba hacia James Hancock, al que, en sus más salvajes fantasías, le habría gustado esposar a la cama y excitarlo hasta la locura... ¡Lo cual no podía ser más absurdo! Para James nunca sería nada más que una secretaria *estimable*: eso era un hecho. ¡Pero por nada del mundo le dejaría pensar que el único hombre al que podía atraer era un aburrido contable!

Decidida, salió de su apartamento y llamó al de Josh. Afortunadamente estaba en casa.

–¡Lucy, querida! ¿Hay algo de nuevo?

–Pues sí. Mi jefe ha deducido que mi acompañante a la fiesta de esta noche es... un contable.

–¿Y... el adjetivo «aburrido» va asociado a la palabra?

–Pues sí –le confirmó–. Y, en respuesta, yo le dije que tú eras un tipo... caliente.

–¡Bien dicho! Cuando estoy caliente, echo chispas. ¿Quieres que eche chispas esta noche?

–Quiero que lo abrases. Ah, Josh, y llévate ese maravilloso chaleco azul metálico y tu pajarita de seda a juego.

–¿Un toque de extravagancia con el traje formal? Lucy, amor, te aseguro que estaré deslumbrante.

–Bueno, no te pases. Y procura que nadie adivine que eres gay.

–Descuida.

–Necesito impresionar a ese tipo, Josh –le confesó, sincera.

–Y en más de un sentido, supongo...

–Me temo que es un caso sin esperanza.

–Oh, a veces se producen pequeños milagros –sonrió, malicioso–. Confía en mí. Haremos que esta noche ese hombre te mire de manera diferente. Y ahora vete y dedícate a ensayar esas miradas seductoras en el espejo. Si yo echo chispas y tú hierves...

A pesar de la sensación de decepción que había sucedido a su furia, Lucy se echó a reír al imaginarse la escena.

–No soy precisamente un portento sexy, y es seguro que él sí que se presentará con uno. Buffy Tanner, modelo de trajes de baño y de sostenes clase D.

–Bah. Estás obsesionada con los senos grandes. Rellenos. Simples rellenos.

–Con rellenos o no, me gustaría que los míos fueran más grandes.

–Lo sexy está en la actitud, y no en el equipamiento –afirmó la voz de la experiencia–. Y otra cosa. Es mejor que aparezcamos tarde.

–Yo nunca llego tarde a una cita. No me gusta –protestó Lucy.

–Pero yo soy un tipo *caliente*, Lucy, querida, y tú no pudiste resistirte. ¡Así que enviamos la puntualidad al diablo!

Lucy no puedo evitar reírse de nuevo:

–Dudo incluso de que él se dé cuenta, Josh.

–Oh, claro que se dará cuenta. Su pequeña y previsible secretaria de repente no encaja en la imagen que se ha hecho de ella. Créeme. Lo notará.

–Bueno, la verdad es que no creo que sea absolutamente necesario que estemos allí a la hora justa... –tuvo que librar una dura batalla contra su obsesión por la puntualidad.

–Pues entonces no hay problema –pronunció Josh con tono triunfante–. Anda, vete a tu casa– A las siete y media te llevaré un gintonic para que te vayas entonando.

Lucy sabía que, para llegar a tiempo, deberían salir precisamente a las siete y media. Tardarían una media hora en llegar a Darling Harbour, aparcar el coche de Josh, acercarse a pie al Centro de Convenciones de Sydney, en cuyo vestíbulo se ofrecería el cóctel antes de pasar al auditorio donde se celebraría el baile benéfico. Pero... ¿qué podía importar que tomaran algo antes allí, en casa? El mundo no se acabaría porque no aparecieran justamente a las ocho de la tarde. ¿Por qué, aunque solo fuera por una vez, no podía permitirse dejar de ser tan previsible?

–De acuerdo. Y... gracias, Josh –sonrió, agradecida–. Un amigo es un amigo.

«El mejor de los amigos», pensó mientras volvía a su apartamento. Incluso aquel lugar, que ahora era suyo, le había sido recomendado por Josh. Los anteriores propietarios, una pareja divorciada, habían querido venderlo rápido, y Lucy se había apresurado a aprovechar la oportunidad: en realidad una verdadera ganga, teniendo en cuenta los precios de los in-

muebles en aquel barrio, a medio camino entre el centro de la ciudad y Bondi Beach. Sí, James Hancock podía pensar que era una mujer «interesada por el dinero», pero al menos no tenía que depender de un hombre que le garantizara la seguridad de un hogar, algo que nunca estaba garantizado si la cosa terminaba en divorcio.

Una vez en su dormitorio, se arrepintió de no haberse decidido a comprarse un vestido de noche para la ocasión. Aunque su pequeño vestido negro era perfectamente adecuado para un evento de ese carácter, también resultaba... soso, *aburrido*. Aunque luego procuró decirse que eso no le importaba. Seguía siendo un vestido con estilo, adquirido por poco dinero en una *boutique* de ropa de segunda mano... Ella nunca podría competir con Buffy Tanner. No tenía ningún sentido intentarlo. Y con el dinero que se había ahorrado se compraría los muebles que tanto necesitaba.

Pero a pesar de todo no pudo evitar sentirse vagamente disgustada con su propio sentido común mientras se preparaba para asistir al baile. Le procuraría una indudable satisfacción exhibir a Josh como pareja durante aquella velada, esperando de esa forma propinar, en un sentido metafórico, una sonora bofetada a James Hancock y a la opinión que le merecía su vida privada. Pero lo cierto era que jamás hacía nada verdaderamente excitante.

«La estimable señorita Worthington»: aquellas palabras le dolían tanto que, de pronto, el impulso de comportarse de una forma totalmente distinta con James Hancock, de hacer algo que jamás antes había

hecho, resultó sencillamente abrumador. Sí, las entradas libres significaban libertad de toda responsabilidad. Podía jugar y flirtear tanto como le apeteciera con Josh, sabiendo que no se produciría ninguna consecuencia desagradable. Además, si finalmente iba a renunciar a su trabajo para buscarse otro empleo, ¿por qué no podía hacer y decir de una vez por todas lo que se le pasaba por la cabeza? Destrozar la displicente opinión que James Hancock tenía sobre ella le permitiría conservar algo de orgullo. Y ahorrarse mucho dolor.

«La anárquica Lucy», pensó divertida. ¿Por qué no? «La actitud», se recordó. Josh le había asegurado que la cualidad de lo sexy residía en la actitud. Ni la ropa ni nada más importaba.

No era propio de Lucy llegar tan tarde.

James Hancock no podía evitar mirar su reloj a cada rato. Al cabo de unos minutos, la multitud de invitados que estaba tomando el cóctel en el vestíbulo pasaría al auditorio. Hacía por lo menos media hora que Lucy debería ver llegado. Mientras la esperaba, había tenido que saludar a una interminable cantidad de gente y ya le dolía la cara de tanto sonreír. ¡Maldita mujer! ¿Dónde diablos se habría metido?

De la inicial expectación había pasado a la frustración, que en aquel momento ya se estaba convirtiendo en una verdadera preocupación. ¿Habría sufrido un accidente? Lucy no conducía, no tenía coche, era demasiado ahorradora para tener uno,

pero nada sabía de aquel Josh Rogan, que era quien tenía que llevarla allí esa noche. Si también se ponía demasiado *caliente* al volante, y por su culpa habían tenido un choque... No, Lucy era demasiado prudente como para permitir que cualquier idiota pusiera en peligro su vida.

–¡Guau! ¿Quién es ese? –le preguntó Buff, con su interés sexual obvia y repentinamente activado.

James miró en la dirección que ella le señalaba y se quedó paralizado. ¡Lucy! Allí estaba Lucy del brazo de un tipo que parecía el galán romántico de cualquier película de Hollywood, ¡y probablemente lo era! Tenía un rostro perfecto, el cabello negro y rizado, una sonrisa que habría enorgullecido al mejor dentista y un cuerpo musculoso de gimnasio de primera. Llevaba un chaleco de reflejos con una pajarita brillante que destacaba sobre las convencionalmente negras de los demás invitados, incluido el propio James.

«Un fanfarrón vestido a la moda», pensó James justo cuando Buffy emitía un suspiro nostálgico, inflando sus opulentos senos como si quisiera llamar la atención del *sex-symbol*. Con los dientes apretados, concentró su atención en Lucy, cuyo aspecto habitual no pudo menos que agradarlo: cabello cuidadosamente recogido, las consabidas gafas, el vestido negro que lucía invariablemente en aquel tipo de veladas... Aunque percibía algo diferente en ella: tal vez la manera que tenía de contonear las caderas, nada recatada. Su boca también parecía más sensual que de costumbre mientras miraba a su pareja que a todas luces la estaba divirtiendo con sus técnicas de *play-boy*.

De hecho, James estaba empezando a pensar que aquel aspecto retraído de Lucy era muchísimo más provocativo y tentador, por lo sutil, que la llamativa feminidad de Buffy. En esas disquisiciones estaba mientras veía cómo el galán la llevaba hacia el grupo en el que se encontraba con Buffy, esperando a sus últimos compañeros de mesa. «Esperando», se dijo irritado. Sí, desde luego que Lucy le había hecho esperar. Se esforzó por adoptar una expresión amable para hacer las presentaciones, rezando para que Buffy dejara de comerse con los ojos al galán y tuviera la decencia de recordar que había llegado acompañada a la fiesta.

–¡Ah! –esbozó la más radiante de sus sonrisas–. ¡Aquí estás! Íbamos a pasar ya al auditorio... –no pudo evitar añadir para recriminarle su retraso.

–Bueno, pero todavía disponemos de tiempo para presentarnos... –añadió Buffy, expectante.

–James Hancock, Josh Rogan –les presentó Lucy, más lacónica imposible.

Resultaba evidente que el recién llegado, más joven que James, exudaba una pasmosa seguridad en sí mismo, y además tenía una mirada abierta e inteligente que hacía que la gente de inmediato se sintiera cómoda en su compañía. James reconoció al momento aquella actitud. Sí, Josh Rogan era claramente un exitoso hombre de negocios, un triunfador.

–Es un placer tenerte con nosotros –pronunció antes de volverse hacia el grupo en el que se encontraba–. Creo que todos conocen a mi eficacísima secretaria, Lucy Worthington. Josh, te presento a Buffy Tanner...

Buffy se inclinó al tiempo que estrechaba la mano de Josh Rogan, regalándole una espectacular vista de su escote que la mayoría de los hombres habrían encontrado irresistible. Pero Josh no dejó en todo momento de mirarla a los ojos, sonriente. Si había reconocido las inequívocas señales que Buffy le estaba enviando, no dio muestra alguna de responder a ellas.

Las otras tres parejas del grupo recibieron el mismo amable tratamiento por parte de Josh Rogan cuando le fueron presentadas. James no pudo encontrar defecto alguno en sus impecables modales. Era un tipo que caía bien, una persona encantadora que proyectaba vibraciones positivas.

–¿A qué negocio te dedicas, Josh? –le preguntó interesado Hank Gidley, el último del grupo en ser presentado.

–Vinos añejos. Exportación e importación.

James pensó que aquello explicaba la facilidad con que se desenvolvía en esos ambientes. Josh Rogan debía de estar acostumbrado a tratar con clientes muy ricos, y probablemente también a seducirlos con su natural encanto.

–Oh, y yo que creía que trabajabas de modelo, como yo... –terció Buffy.

Josh la miró con un brillo malicioso en los ojos:

–Como todo el mundo, admiro la belleza exterior, Buffy, pero realmente lo que me encanta es paladear un soberbio contenido... Como se hace con un buen vino –y desvió la mirada hacia Lucy, como si se estuviera refiriendo explícitamente a ella.

Lucy le sonrió... le sonrió como una gata a la que

de pronto le hubieran presentado un plato lleno de leche, y a James se le contrajo el estómago de indignación. Allí estaba él, preocupándose todo el tiempo por ella, mientras ella se dedicaba a flirtear y a pasárselo bien con aquel tipo. Lo cual explicaba esa expresión de intensa satisfacción que nunca parecía abandonarla desde que llegó.

–Bueno, es hora de que nos dirijamos a nuestra mesa –anunció antes de tomar a Buffy del brazo y encabezar la marcha.

Nada estaba saliendo aquella tarde como había planeado. ¡Nada! Y eso no le gustaba lo más mínimo.

Capítulo 3

MIENTRAS seguían a James y a Buffy al auditorio, Lucy todavía se estaba riendo por dentro por la manera en que Josh había elogiado su «contenido». Tenía verdaderas ganas de estallar en carcajadas. A James le había sentado fatal que Josh la prefiriera a ella antes que a su mujer trofeo, y Buffy Tanner se había quedado literalmente con la boca abierta al verse ninguneada en favor de Lucy Worthington.

Pero su diversión no duró mucho. Cuando ya se acercaban a la mesa designada, detrás de la pareja que encabezaba la marcha, Lucy tuvo que reconocer que Buffy Tanner tenía un aspecto absolutamente impresionante con su vestido de noche blanco, luciendo la espalda desnuda. Con aquella belleza a su lado, ¿cómo podría James incluso molestarse en mirar a su discreta secretaria de siempre bajo una luz distinta? Era imposible, decidió Lucy, aunque Josh le había dejado bien asombrado allá, en el vestíbulo. Eso, en sí mismo, era ya un bálsamo para las heridas de su orgullo.

Se dijo que debería conformarse con ello, porque ningún milagro iba a tener lugar durante la velada. Lo mejor que podía hacer era no amargarse y dedicarse a disfrutar de la fiesta con Josh.

El auditorio parecía enorme: era como un mar de mesas redondas, cada una para diez personas, encerrando la pista de baile en el centro. Cuatrocientos invitados estaban ya ocupando sus correspondientes asientos ante las mesas elegantemente adornadas con velas y flores. Incontables estrellas de plata pendían del techo, un recordatorio de que el evento había sido promovido por la Fundación Estrella, con el fin de recaudar fondos para los niños enfermos de cáncer. El propio James había organizado el acto de manera gratuita, y una joven orquesta había subido al escenario para ejecutar con entusiasmo un tema de jazz. Detrás de los músicos se elevaba un estrado con el lujoso deportivo, un Alfa Romeo descapotable, que iba a ser sorteado esa noche.

«Un deseo hecho realidad» era el eslogan de la fiesta benéfica, pero Lucy no podía, sinceramente, creer que su deseo de que James la encontrara de pronto deseable tuviera siquiera una sola posibilidad de hacerse realidad. Más bien lo que sí se estaría preguntando James era cómo un hombre como Josh podía encontrar atractiva a su convencional secretaria... El *sex appeal* era una cuestión de química, y Lucy simplemente no tenía la capacidad de despertarle esa chispa de interés. Ocho meses de tratamiento correcto y distante, sin el menor contacto físico, se lo habían demostrado.

Delante de ellos, James ayudó cortésmente a Buffy a tomar asiento en una mesa situada enfrente del escenario, muy cerca de la pista de baile. Una posición privilegiada que, evidentemente, James se había reservado como organizador del programa.

–Tú a mi lado, Lucy –le indicó señalando a su izquierda, después de haber acomodado a Buffy a su derecha.

Lucy se quedó estupefacta y bastante deprimida ante la perspectiva de tenerlo tan cerca durante toda la velada. Aquello iba a ser una constante tortura, tocándolo casi, obligada a escuchar lo que le diría a la modelo a cada momento... Había esperado que cediera a sus amigos aquellos asientos privilegiados frente al escenario. Ella era, después de todo, tan solo su secretaria. Consciente del detalle, Josh, que se había sentado a su lado, le murmuró al oído:

–Huéspedes de honor, Lucy, querida. Un punto a nuestro favor.

Pero Lucy no podía aceptar aquella interpretación tan optimista: estaba demasiado lejos de la penosa verdad que tan bien conocía. Más bien sospechaba un propósito que nada tenía que ver con aquel presunto encanto femenino suyo recién descubierto. Así que en el preciso instante en que James se sentó a su derecha, le preguntó en un susurro:

–¿Por qué me has puesto aquí?

–¿Y por qué no? –sus ojos azules la miraron con una intensidad que le aceleró el corazón.

–Dijiste que no me ibas a hacer trabajar esta noche.

–Y no vas a trabajar.

–Pero me has sentado a tu lado, como si quisieras tenerme cerca.

–¿Es que eso te parece ofensivo? Arqueó una ceja, burlón.

–No, por supuesto que no –se apresuró a negar,

aunque detestaba verse atrapada en aquella situación.

–¿Es que está más allá de tu imaginación que pueda disfrutar de tu compañía fuera de las horas de trabajo?

Lucy se ruborizó, intensamente avergonzada por aquella insinuación que afectaba a sus más secretos deseos.

–Ya tienes compañía –le recordó, señalando con la cabeza a Buffy, que a su vez estaba mirando a Josh con arrebatada admiración.

–Soy ambicioso –repuso James, admitiendo con descaro que aquella noche tenía intención de tener a dos mujeres a su disposición–. Esta es mi mesa, Lucy. Estoy autorizado a colocar a la gente como quiera.

–¿Ah, sí? La belleza a un lado y el cerebro al otro, ¿verdad? –no pudo evitar espetarle.

–Yo no lo expresaría de esa forma.

–¿Cómo lo expresarías? –lo desafió, resentida.

James desvió por un momento la mirada hacia Josh, antes de volver a concentrarla en ella:

–Resulta interesante imaginarse por qué has podido llegar tarde, Lucy –murmuró–. No sé por qué, pero dudo que fuera porque estuvieras manteniendo una conversación intelectual.

Lucy se quedó aturdida de asombro durante varios segundos, hasta que el estupor cedió paso a una violenta sensación de triunfo: ¡había funcionado! El hecho de haberse presentado con Josh y de haber llegado tarde, estaba motivando que James la mirara de una forma distinta. Al menos no la estaba viendo